

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
Editor
En Costa Rica:
Susc. anual: ₡18.00

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

... "y concebí una federación de ideas." — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", — repitió Sarmiento.
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera. — Bolívar.

Exterior:
Suscripción anual:
\$ 5 dólares
—
Giro bancario
cobrable en los
EE. UU.



QUE HORA ES...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Meditaciones de un final de año

Por Amanda LABARCA H.

(En Rep. Amer.)

*Para los Licenciados en 1955
del Liceo Experimental MANUEL DE SALAS*

¡Qué anciano soy, Dios santo, qué anciano soy!" exclamaba Rubén Darío en uno de sus poemas. Para respirar la tibia brisa de esta hora, una diminuta e inextinguible célula ha venido sucediéndose desde el principio del mundo al través de generaciones incontables. Gracias a ella, el ser humano crece, madura, engendra hijos y se integra a un hilo de vida inmortal. El germen que nos dio a luz es tan arcaico como los mastodontes. Pero cada uno de nosotros, al nacer, no conserva memoria de todos esos avatares. En cada niño recomienza el alba de las edades. Y cuando una criatura humana ha crecido abandonada y solitaria en una floresta tropical, repite el destino del hombre cavernario. Es probable que en el fondo oscuro de nuestra subconciencia esté soterrada la sabiduría de los siglos y que de ella se nutran la esencia de nuestros sueños, las fantasías de los poetas, las intuiciones de los místicos. Es probable, pero lo cierto es que aún no poseemos la ruta para penetrar en esa arcana y misteriosa región.

Es la sociedad, no es el individuo, quien guarda la memoria milenaria. Lentamente, pacientemente ha ido escribiendo sus experiencias sobre el ladrillo cuneiforme, el papiro y los pergaminos. De un madero para rasguñar la tierra ha desarrollado la complicada máquina cultivadora. Del huso y la devanadera, los telares gigantescos de nuestras modernas usinas textiles.

Lo que se denomina cultura, lo que Uds. han estudiado en los libros y las lecciones de sus maestros, es una dosis pequeña de la sabiduría que en parte han vaciado los hombres en sus obras, antes

de regresar a la oscuridad del no ser. Mas, las historias, las producciones filosóficas y artísticas, las conquistas de la ciencia y de la técnica nos revelan sólo una porción pequeñísima de la vida del hombre pasado. Y tampoco la memoria de la sociedad es perfecta. Epocas ha habido en que se desconocieron los Diálogos de Platón y la maravillosa belleza de los mármoles griegos. Algo sabemos de la vida del intelecto; pero poquísimo de esa parte de nuestro reino espiritual en que se elabora el amor, la devoción a ideales superiores, la capacidad de sacrificio altruista, que son los fundamentos, los cimientos del verdadero progreso humano. Reflexionen Uds. cuán poco saben de las luchas íntimas de sus propios antepasados. Sus alegrías, sus padeceres, sus esfuerzos de superación sacudieron sus días por el lapso en que vivieron... y después... ¿quiénes los recuerdan? ¿Sobre qué vidas alumbra su experiencia? Han tenido que ser poetas magníficos, escultores geniales, predicadores excelsos para que su voz horade la espesura de los siglos.

De seguro, en algún minuto de impaciencia, Uds. han exclamado: ¿a qué estudiar tanto?, ¿para qué nos sirve? Quien desdeña o desconoce la experiencia secular, regresa a la edad de piedra. Esa memoria social estampada en libros, en códigos, en artefactos, en poemas y en obras maestras es la que nos permite incorporarnos a la inmortalidad del espíritu humano, la que transforma a la bestia troglodita en un discípulo de Jesús.

Comunicarse con los mejores espíritus del pasado es encontrar también alguna guía para sortear los momentos

contradictorios en que nos ha tocado vivir... momentos descalabrados... pero que son los únicos que tenemos.

Son arduos porque soberbiamente luchan en nuestros años ideales de vida antagónicos. Aseguramos que nuestra civilización occidental es básicamente cristiana, y, por lo tanto, cimentada en el decálogo y en el amor al prójimo. Pero eso no lo vivimos con sinceridad y plenitud. Lo que mueve a la mayor parte de los hijos de hoy es el afán de comodidad fácil, la lucha por el dinero, el ansia incontenible de más y más poder. Humildad, y soberbia de mandones y dictadores: caridad y suplicios de campos de concentración; amor al prójimo y cámaras de gases, ¿cómo conciliarlos? El no mentir, el no codiciar los bienes ajenos, el no matar, son violados impunemente. ¿Qué necesidad habría de que se reunieran las naciones para proclamar los derechos del hombre, si en realidad amáramos al prójimo como a nosotros mismos?

Me han pedido que entregue un mensaje a la juventud. Y me da pena, porque esta juventud va a tener que ser heroica para resistir el impacto de las contradicciones. ¿Qué camino va a seguir? El de los que atropellan toda herencia moral creyendo así asegurar su propio goce o su propia victoria sobre los demás, o el de esos otros que laboran pacientemente y encuentran su placer en la frecuentación de la naturaleza y en el trato con los espíritus de filósofos, artistas y visionarios de todos los tiempos? De los que creen que el dinero es la llave de todos los éxitos o de quienes encuentran un placer en la vida sencilla y creen en el triunfo último de la bondad y del amor?

La conciliación entre esos ideales antagónicos — tal vez esa dulce medianía que cantó Horacio, esa apacible vida con que soñaba Fray Luis de León, requieren hoy una renunciación voluntaria y paciente que parece imposible pedir a la juventud. ¿Con qué autocrítica moral se lo exigiríamos?

Ya hablaría más bien a los padres y a los maestros. Ellos han probado ya el fermento agrídulce de la experiencia; han sopesado la fugacidad de los pla-

(Concluye en la página 235)